



*Dios
bendiga
este
árbol*

Mucha fue la intranquilidad en Venezuela durante la transición de veintitrés años de dictadura bajo Juan Vicente Gómez a la más equilibrada, pero severa, administración de López Contreras. Así, el 14 de febrero de 1936 encontró a muchos en la Plaza Bolívar de Caracas, gritando protestas políticas. De repente, soldados apostados en la Casa Amarilla, libraron un tiroteo sobre la muchedumbre, con el resultado de heridos y muertos.

En aquel momento se encontraba en la plaza un bolero —un limpiabotas— diligentemente ocupado en su trabajo. Con la primera ráfaga de las ametralladoras, él saltó detrás de un árbol. Al momento, una bala penetró bien adentro del tronco, que bien podría haberle herido o aun matado.

Pasado el suceso, el joven cortó con su navaja en la corteza del árbol estas palabras: *Dios bendiga este árbol.*

Aquel bolero reconoció tres verdades importantes. La primera, que él estaba expuesto a un serio peligro. Así sucede también con todo hombre o mujer que está amenazado por el peligro

de la muerte. Muchos, al oír los tiros, no se refugiaron. Otros no se creían expuestos. Este muchacho, sin discutir o protestar, no tardó en huir del peligro, sino que brincó detrás del árbol protector. Así, amigo lector, déjese de discusiones vanas. Corra a refugiarse detrás del árbol de la cruz del Calvario.

En segundo lugar, el joven reconoció que aquel árbol fue herido en vez de él. Esto es la sustitución: uno sufriendo para librar a otro. Pablo lo dice así: “El Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”, Gálatas 2.20. Pedro escribió que Cristo “llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”, 1 Pedro 2.24. Juan escribió: “Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero”, 1 Juan 4.19.

En tercer lugar, el joven estaba agradecido a aquel tronco. Sin duda, fue con sentimiento que cortó las palabras: Dios bendiga este árbol. Se dice que la gratitud es la madre de todas las virtudes.

El salmista David escribió: “Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien

perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias”, Salmo 103.

Sin embargo, la gran mayoría vive indiferente y descuidada del Hijo de Dios que vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Ellos pasan por alto la gran razón por la cual Cristo tuvo que morir en la cruz.

Hay los que con sinceridad y devoción participan en rituales y eventos religiosos sin nunca detenerse a contemplar a Jesucristo, el sustituto único, sufriendo por ellos en el madero de la cruz. Nunca han mirado por fe al Calvario y exclamado con corazón genuinamente agradecido: **Dios bendiga este árbol.**

Guillermo Williams



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com